

LONTANANZAS

LAS ANTORCHAS DEL FUTURO

De espaldas al Carnaval.

Plácenos, por un momento, apartarnos de la masa oleaginosa y hedionda, de la avalancha bruta y ciega que se agita torpemente dentro de un radio misero de devociones egolátricas y de mezquinos achataamientos de conciencia—masa o avalancha, estamos casi convencidos, sin redención posible—para volver los ojos del espíritu, extasiados de emociones trémulas, hacia la única fuerza en germen, hacia el único puntal del porvenir, hacia la única luminaria que vierte sus fulgores incipientes sobre el alma de hielo, sobre los miembros paralíticos, de esta España enlodada, «marchosa», carnavalesca y jaranera.

Se refiere nuestra alusión a los niños, al problema aterrador y único de la «preparación» de los niños para la lucha sorda del hoy y el engrandecimiento anhelado del mañana... Como una cadencia saltarina de agua transparente, como una oleada de perfumes mágicos, como una ráfaga de Abril o como una catarata de flores, ha cruzado por las columnas de la prensa, en estos últimos días, el contenido de la declaración de Ginebra sobre los derechos que, universalmente, deben ser patrimonio indispensable de los niños: declaración que Gustavo Ador—desde la estación radiotelegráfica de la Torre Eiffel—dió a la publicidad recientemente, siendo transmitida a todos los países, sin distinción de categorías ni creencias.

Los extremos que se proclaman en su texto, pueden concretarse de este modo: 1.º Que el niño debe gozar de las condiciones esenciales necesarias para lograr normalmente su desarrollo físico y espiritual.—2.º Que el niño hambriento debe ser alimentado; el enfermo, asistido; el retrasado en su educación, cuidado para proseguirla; el desviado de la buena senda, traído a ella; el huérfano, amparado y el abandonado recogido.—3.º Que en los casos de calamidad pública, el niño deberá ser el primero en recibir socorro.—4.º Que el niño debe ser puesto en condiciones de que gane su subsistencia, protegiéndole contra toda explotación.—5.º Que al niño hay que educarle inculcándole el deber que tiene de poner sus más altas y mejores cualidades al servicio de sus hermanos.

No pretendemos apostillar con amplitud excesiva las doctrinas que se desprenden de la mundial proclama de Ador, colmada de estrechamientos humanos y candentes; pretendemos sólo glosar a la ligera, subrayar con fuerza, pero dentro de términos concisos, algunos de los conceptos de ese modernísimo decálogo infantil, que tiene un empuje de ilusión, un vigor emotivo, una intensa vibración de alma, capaz de sacudir la sensibilidad amodorrada de los temperamentos menos sutiles, menos agilizados en el cultivo de los ideales «sentidos» y de los desprendimientos verdaderamente levantados, positivamente generosos y loables.

La aspiración primera se condensa en el perfecto desarrollo físico y espiritual de la infancia. Aquí tenemos un aspecto que conviene disecionar finamente, compartir en muy justas proporciones, para que la potencia del músculo no venza a la luz del cerebro, embotándola en una obsesión de «patadas» futbolísticas, o de cualquier otro «deporte» de los que atienden demasiado al desarrollo físico, que tampoco es prudente desbordar en un acorazamiento invulnerable de carne endurecida hasta la dureza de la roca y de inflexibles nervios comparables al temple del acero... La fuerza es una «cosa» de eficacia, por la sola razón de ser ella misma; es un «argumento» convincente a veces contra nuestra propia convicción, esto es, «convicente» a *foriori*, pero no

debe administrarse a grandes dosis a los niños, sino hasta el límite preciso, en la «suposición» de que no persigamos modelar una raza de hombres materializados y groseros.

El desamparo, el abandono, la explotación, el hambre, toda la negra garra de calamitosas desventuras que aniquila el cuerpo y el alma de los niños, merecía un capítulo extenso y desgarrado, incompatible con las estrechas proporciones a que es indispensable reducir los trabajos periodísticos. Analfabetismo, ignorancia, tristeza... Si es un dolor profundo, una conmovedora amargura, contemplar en los hombres esas taras lamentables de su personalidad mutilada, de su espíritu roto y ciego, lo es infinitamente más en los niños, en las almas ingenuas que todavía no han abierto a la vida el capullo apretado y aromoso de sus tremantes corazones, indecisos aún, como un tímido vuelo de pájaro, ante todas las sendas a sus ojos tendidas...

El pequeño mundo de las futilidades infantiles, nos despierta una poderosa sensación de transcendentales reflexiones. Los que por lenidad o por torpeza contribuyan a la depresión o menosprecio de ese mundo pueril que acaso imprima a la humanidad un nuevo rumbo de doctrinas, borrando la risa de las bocas niñas, merecen la reprobación más absoluta. Sobre la frente de los niños debe ponerse siempre un cielo de estío, radiante de fulguraciones infinitas, de seguridades en sí mismos para las empresas más audaces y prósperas. A todo esto tiende la Declaración de Ginebra.

La difusión de los principios indicados, envuelve una «obligación» irrenunciable, máxime teniendo la sospecha, por no decir la firmeza, de que tan solo los seres del mañana serán capaces, diestramente dirigidos, de labrar una era de positivas bienandanzas, de destruir toda la podre de absolutismo y de barbarie que nos agota por momentos...

No hay más que dos caminos. Si pensais que todo empeño es vano, que toda esperanza es negativa, que todo el vigor virgen de la infancia se estrellará contra el fanatismo, contra el imposible y contra la quimera, dejadla deslizar a su albedrío, en un desfile de majaderas petulancias, de afeminado atildamiento, de risotada estéril en medio de un Carnaval inacabable... Si creéis, por el contrario, que los niños son, o pueden ser, la garantía de un mañana esplendoroso, el huracán que barra y el ensueño que venza, la ilusión hecha carne, el ideal hecho felicidad y grandeza, enseñadle las vagas luces de la aurora triunfante, salvadora, para que corran a conquistarla con su esfuerzo...

El dislocado festival carnavalesco —«argot» soez de plazuela, fisonomía encaretada de payaso, pestilencia de orgía entre achulada y harapos—acaba de morir, un año más, caricaturando una mueca lamentable... Nos hubiera sido muy fácil hilvanar en estas columnas, como asunto de oportunidad palpante, unos comentarios referentes a estos días de holgorio bullicioso, de vana alegría, que son para nosotros los más tristes del año... Optamos, sin embargo, por desdénar la percalina, el necio vocerío, el hedor del tumulto, y alejados de la brutal algarabía, reclusos en nuestro propio espíritu, dando la espalda al Carnaval, rompemos una lanza en exaltación de un sentimiento —el amparo y la defensa de la infancia, sin vacilaciones ni egoísmos— que debe a todos solidarizar en una viva aspiración de profundas y candentes impacencias.

Manuel CAMACHO BENYETZ.

PAJARITAS DE PAPEL

LA CUARESMA

Detrás del destercorizado perfil de Don Carnaval, asoma Doña Cuaresma su rostro inquisitorial, y con la «sana» intención de que hagamos penitencia, nos impone siete viernes de ayuno con abstinencia; ordenándonos también, con exquisito cuidado que promiscuar no debemos la carne con el pescado, pues se puede originar una fiera escaramuza si en nuestro «buche» se encuentran el carnero y la morlaza.

Da comienzo a la Cuaresma el miércoles de ceniza y en él la gente celebra una fiesta muy «castiza» cual es el recogido «sepelio» de la sardina, fiesta a la que nuestros «neos» siempre tuvieron «quina», y en la que el «pueblo» olvidando sus pesares y tristezas, se divierte, y a la vez come y bebe sin jibezas.

En esta ciudad se hacía, en fecha lejana y grata, para enterrar la sardina una hermosa cabalgata, con artísticas carrozas lujosamente alhajadas, cuyo desfile, las gentes van embelesadas; mas de aquella alegre fiesta sólo queda la memoria, porque ha pasado de un modo definitivo a la historia, pues costaba mucha «guita» el inocente prurito de proporcionar al público este festejo gracioso, y cualquiera es el «gachó» que aunque presume de rico, puede hoy, en cosas superfluas, «derrochar» un «perro chico», cuando las necesidades del cotidiano vivir, nos tenemos que ver «negros» para poderlas cubrir.

Al comenzar la Cuaresma, debe todo buen creyente ir al templo a que le unjan con la ceniza en la frente, para que en todo momento, con humildad recordemos que del polvo hemos nacido... y en él nos convertiremos.

Aquel que laborar quiera por su eterna salvación debe guardar la «vigilia» los viernes, sin excepción, pues tanto el de humilde cuna como el de ilustre linaje, está obligado a engullir el tradicional «potaje» y en lugar de ricas carnes de pollo, carnero o vaca, hincar el diente a la acelga la alcahofa y la espinaca; solamente nos está permitido y dispensado que intercalemos entre ellas algún plato de pescado.

Este régimen será altamente digestivo, pero debe, en mi concepto, ser muy poco nutritivo, porque nos deja el semblante tan paliducho y tan seco que parecemos figuras de las que pintaba el Greco.

También están los ayunos a todos recomendados, para obtener el divino perdón de nuestros pecados; pero como todo sube de una manera incluyente, es hoy día el ayunar una cosa tan corriente que ha perdido todo el mérito la virtud de la abstinencia, y toda aquella persona que quiera hacer penitencia, debe dejarse de ayunos y darse un buen atracón, ipso de seguro va al cielo si muere de un reventón!

Tomás ALMODOVAR.

PÁGINAS DE UN ALBUM



ALMAGRO.—Paseo de la Estación.

(Fot. Sánchez)

Acaso algún lector espere que nuestra nota gráfica de hoy representara cualquier aspecto o «motivo» de la bacanal carnavalesca... Una idea rudimentaria de selección estética nos impide hacerlo, prefiriendo la reproducción de este popular paseo almagraño, por el que a diario, y singularmente los domingos, se desborda una multitud heterogénea y abigarrada, en un desfile de presunciones, de pedanterías y de vanidades, que nos recuerda a veces también el Carnaval; un Carnaval sin carca visible, aunque idéntico en la esencia, en el fondo, al verdadero Carnaval.

Hemos preferido fotografiar este paseo, en una tarde carnavalesca, cuando el «torrente humano» invadiendo el centro de la ciudad deja casi desiertas las amplias calles de árboles por las que apenas «discurren» algunas señoras «raras», alguna niña melancólica, algún solitario «empedernido» o algún virtuoso

presbitero con un libro de oración... Todo en un ambiente de quietud, de apacibilidad, de sutileza...

Pero pasado el imperio del dios Momo, volverán otra vez—como las golondrinas de Becquer—las invasiones populosas al paso del ferrocarril dominguero, porque difícilmente hay en España un pueblo que, en las tardes festivas, se «vuelque» en el andén de la Estación poseído de la loca y ociosa fiebre de entusiasmo con que Almagro lo hace.

El pueblo «en masa» se codea, se aprieta, se estruja y se soba, bajo la marquesina férrea, y los viajeros, de codos en sus ventanillas, con un curioso gesto entre compasivo y asombrado, admiran «el espíritu» de una población, como la nuestra, que ha descubierto el maravilloso secreto, la prodigiosa ciencia, de soslayar sus mayores pesadumbres con una índole de esparcimientos tan inofensiva y tan honesta.

CRÓNICA

ARCA DE SALVACIÓN

Ninguna empresa, por interesante que sea para un pueblo, así como ningún problema, por intensos beneficios que reporte a una nación, tiene la cumbre y global importancia que el de la Escuela; pero tal es la parálisis del espíritu humano que no siente ni la más leve y ligera simpatía por ella ni por los niños que la integran. ¡Seguramente, mañana estos pequeños serán elementos constitutivos de una humanidad más social, noble y desinteresada, sin macas de un hipócrita y depauperado egoísmo, y que sienta un orgullo supremo al ver limpias y redimidas las inteligencias de las gentes, —pismosamente plebeyas en satisfacciones espirituales—de esa ignorancia tan ponderada, —en estos tiempos de asombrosa modernidad progresista— por aquellos individuos que la procedimentaron con «virtuosos» jesuitis no, adiestrándolas en el gazmoño arte, no de profundizar en el fondo de las ideas, sino de «patinar» sobre su superficie...

¡La escuela!...—pronunciemos este sagrado nombre con amargura profunda y dubitando de su existencia real...—sólo tiene, como las mujeres bonitas, pero no «apreciadas» en la belleza del espíritu unos cuantos admiradores, y una raquílica, eudémica y pobre «veneración»; se le admira artificiosamente rindiéndole huecos elogios y enjalbegamientos estéticos; mas ni se le considera en su justo valor ni se cubren sus exigencias materiales, siendo por tanto una paradoja con visos de quimera, contrario a lo que debiera ser; una realidad... porque en ella radican los moldes para infundir plasticidad física y moral, a los seres humanos, los cuales no han de sentir inquietudes ni nostalgias por el rendimiento de sus energías vitales y de su espíritu.

¡La Escuela!... Sería objeto de nuestras atenciones y cuidados si llegáramos a comprender que no es un pueblo, ni una raza, ni una generación la que recibe en su seno la cultura intelectual y ética y el desarrollo intensivo del organismo, sino todos los pueblos, todas las razas y todas las generaciones... Tampoco educa, solamente, al ser que es susceptible de ello, sino a todos los hombres: afortunados y pobres, zurdos intelectuales e inteligentes, cuerdos y anormales, malos y perversos...

¡La Escuela!... Todos, indefectiblemente todos, lucháramos por su progreso y engrandecimiento si conociésemos que es un templo, donde el calor emocional de los vínculos amorosos que nos unen por semejanza, nos predicen iguales doctrinas, los mismos consejos; nos despiertan los propios y comunes sentimientos y virtudes; nos modelan con recitud nuestra voluntad y nuestra conciencia, y nos ponen en camino de conseguir un fin...

¡La Escuela! ¡Pobre Escuela, a la que nadie da medios de vida! Ella contribuye a la formación de trabajadores, artesanos, artistas, industriales, comerciantes, abogados, médicos, sacerdotes, etc., y en pago de ello la recompensan con un menosprecio absoluto y la dejan en el mayor de los desamparos, sin más recursos que su misera pobreza... Pero la incompreensión, la injusticia, el criminal desprecio que deploramos y nos avergüenza, no ha de ser eterno...

¡Un día llegará en que los hombres no podrán resistir el desbordamiento de apatitos crueles, de pasiones rastroeras, de morboños contagios, de tiranas injusticias, y querrán hacer de ella arca de salvación, y ella, la Escuela, amante y cariñoso madre, los acogerá en su seno, dándole la salvadora esencia de la Vida...!

ALEJANDRO ALCAIDE REDONDO.

CAMPESINA

Paisaje blanco

En el solemne, en el profundo quietamiento de los campos, cae silenciosa la nevada, todo cubriéndolo de blanco...

De los vaqueros, en el aire, vibran silbidos prolongados... En vuelos tímidos, medrosos, a sus nidales van los pájaros...

Sutil albura de la nieve que nos aduerme recordando las blancas cosas que en la vida por nuestros ojos han pasado;

como los sueños de los niños, como la flor de los naranjos, como los velos de las vírgenes como el armiño de los mantos,

como el plumaje de los cisnes, como las hojas de los nardos, como el cariño de las madres, como la luna, como el mármol...

¡Sueños de niños...! ¡Azahares...! ¡Velos de novias...! ¡Regios mantos...! ¡Plumas de cisnes...! ¡Suaves flores...! ¡Amor de madre...! ¡Luna...! ¡Mármol...!

Todo lo puro, lo impecable, lo que jamás puede mancharnos, lo que nos pone en el espíritu un resplandor de ensueños albos...!

Paz en el alma... Paz inmensa en el paisaje immaculado, en el paisaje silencioso, en el paisaje blanco, blanco,

sobre el que un mar de lindas rosas florecerá pujante, cuando ¡la Primavera se desborde como un torrente por los campos...!

JACOBO ROLLA.